

VALPARAISO Y JOAQUIN EDWARDS BELLO

LA última novela de Edwards Bello, recientemente aparecida, constituye en nuestras letras el acontecimiento máximo del año. Todos esperábamos esta obra que sería la culminación de la más intensa, la más firme y la más honrada labor de escritor que podemos contar en la literatura chilena.

Joaquín Edwards, en nuestro medio, ha representado la calidad típica del escritor, del individuo que no tiene sino una aspiración, ni muy grande, ni muy pequeña: ser un escritor. Es necesario afirmar e insistir en que lo ha conseguido plenamente. En él la tendencia de crear la vida en el correr agitado de su pluma, no ha sido un afán exhibicionista, ni un medio para obtener situaciones especiales de otra índole, ni la exteriorización de un sentimiento egolátrico de vanidad criolla, ha sido únicamente la realización consciente de una íntima vocación que se ha manifestado en su continuada labor de toda su vida. Caso raro entre los escritores chilenos que muestran orgullo en no escribir pasados los treinta años, Edwards Bello, es el mismo escritor que publicara sus páginas primeras en la jornada ya un poco lejana de su adolescencia y que persevera en su labor entusiasta, cuando pasada ya la cuarentena la vida le ha mostrado sus aspectos más amargos y más tristes. Por esto en la historia de nuestra literatura, en la pequeña historia de nuestra pobre y pequeña literatura, la labor de Edwards Bello, ha significado en todo momento la consagración a un noble oficio, y en este oficio, es necesario reconocerlo, la producción de mejor calidad.

Ha sido, además, Edwards Bello un escritor de imaginación, y ha perseverado en su calidad de escritor imaginativo. En nuestra patria los hombres de pluma abundan. Cual más, cual menos todos los clientes de las redacciones de los periódicos se sienten un poco escritores, pero en posesión de un título profesional o pasada la juventud, se abandonan las pretensiones de escritor y se continúa con la pluma entintada, pero jamás para vaciarla en una obra de imaginación. Aquello es «mal visto» y si después de los treinta años, se escribe forzosamente ha de ser historias, comentarios legales, ensayos, críticas, pero poemas o novelas, jamás. Hacerlo daría inmediatamente patente de individuo «poco serio» y de «mal criterio» al autor. Afortunadamente, Joaquín Edwards, a costa de su propia soledad ha sabido reírse de todas estas tonterías de nuestra sociedad, beata y analfabeta, y ha continuado con la péñola en ristre, rega-

lándonos con novelas, cuentos y ensayos que siempre son un si es no es, novelescos.

Su última producción ha sido poco estudiada. Con ser la mejor salida de su pluma, diversas causas de índole completamente ajena a la literatura y al arte, han impedido que se comentara esta obra en los periódicos. Solamente en esta Revista han aparecido algunos juicios de los más experimentados críticos nuestros, y creemos conveniente intentar algunas líneas, para fijar esta novela, en la obra de Joaquín Edwards y aproximar a los que lo leen para un esbozo de juicio.

LA NOVELA

El título por sí sólo ya es sugeridor del panorama novelesco. «Valparaíso, la ciudad del viento». La novela de una ciudad, ha de ser forzosamente la novela del autor, del propio autor, porteño viejo, que ha querido evocar en sus recuerdos de Valparaíso toda una etapa de su vida y más que esto, todo el sentido que en su vida ha tenido el puerto y las personas que rodearon su infancia.

Pero no solamente ha relatado su infancia Joaquín Edwards; hay en la novela la continuación de toda su vida marcada por el sello del porteño, inconstante, inquieto, un poco tráfuga.

Esta condición de ser la novela de una ciudad, o más bien dicho, el sentido espiritual que tiene una ciudad ajena a toda manifestación del espíritu, hace que el relato sea un poco falto de arquitectura y de construcción. Adentrado en sus recuerdos Joaquín Edwards nos va contando, página a página, las impresiones, las emociones que moldearon su alma y que ya no lo abandonaron en la vida.

En cierto modo «Valparaíso la ciudad del viento» es una novela psicológica y aunque esta clasificación novelesca se encuentra harto desprestigiada, es conveniente señalar sus condiciones. Novela psicológica la llamo, porque el relato es la vivificación de un espíritu: el del autor y el de la ciudad en que transcurrió los años mejores de su vida. Para estudiar o mostrar el espíritu de una ciudad, Joaquín Edwards ha tomado ciertos personajes, los ha hecho vivir y los sitúa en una ciudad, cuya pulsación repercute en sus personajes, minuto a minuto.

Esta circunstancia hace de la novela un relato genérico de un ambiente antes que la narración de una intriga con personajes determinados. No podemos decir de la última obra de Edwards Bello, que sea la novela de la criada chilena, porque en ella domina a todas las figuras la indeleble caracterización de

Perpetua, sirvienta antigua, esforzada, querendona, trabajadora, buena, ejemplar, que ya va desapareciendo; ni tampoco podemos afirmar que sea la novela de Powderson y de los corredores de la Bolsa, porque aparece esta vida; ni sería posible sostener que es la novela de la antigua familia porteña, que el tiempo y los cambios de la vida han borrado casi totalmente del puerto. Es únicamente la novela del Valparaíso del autor, un Valparaíso que disminuído en sus aspectos más salientes, pero acentuado en otros, hemos alcanzado a conocer.

Es la novela psicológica de una ciudad, de una ciudad falta de psicología y en que la única que puede tener se refugia en una criada vieja, en un tío maniático, en un corredor de bolsa extranjero.

Pedro Lacerda y Alderete, estudia sus humanidades en el Liceo de Valparaíso. Vive con su abuelo, un viejito dado a las ciencias naturales que con elegante indiferencia ha perdido gran parte de su fortuna. En la casa del abuelo, una mujer llena la vida de Pedrito con su ternura, con sus cuidados, con sus sacrificios. A falta de la madre, la «mama», la criada vieja pone en Pedro sus mejores afecciones. Perpetua la sirvienta es en realidad el centro de la obra. Toda la vida que alrededor de ella se desarrolla, desaparece en intensidad secundaria cuando el carácter de Perpetua queda fijado en un rasgo inolvidable, en una frase marcadamente personal, en un gesto de criolla veracidad. Frecuentan también la casa del abuelo, la tía Florencia y su hija Florita. La primera un marimacho, y la segunda una angelical criatura, aburrida y linda, dominada por el marimacho de su madre. Pedrito y Florita son primos y con esto queda dicho todo. El primer amor de la adolescencia forzosamente ha de ser una prima y Pedrito no iba a escapar a la ley. Su prima lo quiere, pero, como todas las primas, no se casa con él sino con un corredor de la Bolsa, inglés y muy rico, candidato obligado de su positiva y metalizada mamá, Archibaldo Powder-son.

Este fracaso sentimental quiebra la vida de Pedro, que se lanza a correr la vida. De negociante en Santiago y en Talcahuano, sólo acierta a conocer el comercio, el engaño, la mentira, la estafa. Por su buena fe es víctima de individuos más listos y más malos que él, ingenuo, sentimental e ilusionado en el mito de la ajena bondad.

Su experiencia fallida de comerciante, lo hace retornar un poco amargado y escéptico al hogar nativo. Allí encuentra novedades. En su ausencia la antipática tía Florencia ha contraído matrimonio con el abuelo enfermo y es ahora la dueña

de casa. Con una dueña así el ambiente hogareño se hace insoportable. La única nota amable de este connubio la pone Florita, convertida en Mistres Powderson, y asidua visitante de la casa. Sucede lo inevitable entre una mujer joven necesitada de amor y un hombre joven a quien el sentimiento del amor le ha dejado el gusto amargo de la primera y más intensa decepción, y los amores apasionados y abrasadores de los primos llenan algunas de las páginas más hermosas de la novela. Florita obtiene de su marido que coloque a Pedrito en su oficina bursátil y el narrador entra de lleno al vértigo de la vida porteña, a sentir en sus propias venas el correr afebrado de la vida de los negocios en su intensidad máxima. Pero estas épocas de auge en el puerto, tienen su trayectoria más o menos fija. Las especulaciones decrecen y dejan el reguero de incautos empobrecidos y de algunos audaces enriquecidos. Entre estos últimos se encuentra Powderson que ha aumentado su patrimonio en algunos millones, ganados en negocios imaginarios, en que la estupidez y credulidad de los demás ha sido el más seguro y principal factor de ganancia. Decide irse a gastar sus millones a Europa, en compañía de su bella esposa frívola. Se va. Para Pedro es el primer fracaso irremediable; la mujer de Powderson representa al amor, que le dice adiós una tarde cualquiera a la orilla del mar, desde un transatlántico de lujo. Poco después muere el abuelo y el ciclo de la vida se cierra para Pedro. La viuda se aparta y Pedro queda solo.

En este momento Perpetua, que durante toda la novela ha proyectado su imagen de bondad a través de todos los personajes y que para justificar su nombre ha tenido un ímpetu amoroso con un hombre blanco que le deja un vástago rubio y hermoso, constituye para Pedro, desolado y amargado, el único refugio. Se va con la vieja sirvienta a la quinta de Quillota. Allí muere enfermo el hijo de Perpetua y regalón de Pedro. La vida ya no les puede ofrecer ninguna sugestión amable, y Pedro ve que en su soledad, no le queda sino como único tesoro el recuerdo de su niñez lejana. Una tarde en la quinta abandonada, se acerca Perpetua a su niño, al niño viejo, y como en los tiempos infantiles que ya no han de volver, le cuenta un cuento: «Estequera.....». Termina la novela.

LOS PERSONAJES

Al señalar como rasgo primordial de esta producción de Joaquín Edwards la posibilidad de clasificarla como novela psico-

lógica, tuvimos presente los variados personajes que en ella aparecen.

Cada personaje representa una creación independiente del conjunto y si algún defecto pudiera sacárseles, es precisamente el que se deriva de que la construcción de personajes ha sido fijada con significativa y encomiable firmeza, pero que las relaciones de los personajes entre sí y la trabazón que deberían mantener con el argumento de la novela se encuentran diluídas en cierta inconexión, que da a la obra en partes, la apariencia de una crónica larga antes que la de un relato novelesco. Figuras de una crónica magistral, los personajes de Joaquín Edwards, tienen, sin embargo, una vida propia y personal. Aparte de *Perpetua* que, como ya lo hemos dicho, constituye el centro novelesco, hay figuras que no se olvidan. Tal el abuelo a quien conocemos en el otoño de su vida cuando ha perdido junto con los entusiasmos la fortuna, quizás si esos, a consecuencia de la pérdida de ésta. Aun así, el abuelo, aficionado a las ciencias, carente de sentido práctico, con una recia individualidad para pasar por encima de los prejuicios de su medio y de su tiempo, es un personaje que en el autor responde a un cariño sincero. Toda la actuación del abuelo en el relato se encuentra cuidadosamente trabajada y hay la preocupación constante del autor que no se nota a primera vista, pero que con una lectura más detenida aparece, de que este personaje tenga un relieve simpático y lo consigue. El abuelito que quiere tanto al narrador, y en el que Pedro deposita todo su cariño de hijo sin padres, deja en nosotros un recuerdo de simpatía y de nobleza. Su callado sufrimiento en las dolencias y en la vida, lo hacen más sólido, más severo, más sobrio y los caracteres con que está trazado corresponden significativamente a este tipo.

También la tía Florencia llama poderosamente la atención. Carácter dominante, rabioso, seco, autoritario, sin suavidad alguna y agriado por un concepto falso de la vida y de su propia personalidad, es lo que podríamos calificar como un carácter de vieja «ganchuda», cuyo trato se hace insoportable por el placer de poner el pie encima de los sentimientos ajenos, o de gritar en voz alta, una magnífica y total incomprensión a todo y por todo. El único aspecto del espíritu que ha desarrollado es el aspecto utilitario, el sentido práctico. En estos dominios triunfa y pisoteando concienzudamente toda expansión de sentimientos logra atrapar para su hija unos millones en poder de *Powderson*. Ese es su retrato más fiel, una madre casamentera y fría, que se entiende a maravillas con un yerno «bueno para el negocio», materia que ambos dominan sin contrapeso. La tía

Florescia se encuentra diseñada con trazos firmes como corresponde a su personalidad y rezuma antipatía en sus actos, en sus obras y en sus palabras. Amarga y atrabiliaria ya no la olvidaremos nunca y cuando en la vida corramos el peligro de encontrar un «specimen» semejante, haremos lo posible por distanciarlo mucho.

Florita no aporta al libro nada más que su belleza ingenua, su carácter débil y desdibujado, sus entusiasmos falsos e inocuos. Frivolidad, espectacularidad y mundanismo, parecen ser sus guías, y pasa por el libro sin dejar otro rastro que algún beso candente, producto de un minuto, de una tarde, de un estado anímico o fisiológico, antes que de ella misma.

Powderson es más fuerte que su esposa. Tiene la insolencia del éxito pecuniario. Sus empresas triunfan y aunque la moralidad no tenga nada que hacer en sus negocios, y, quizás por ello, éstos prosperan a costa de los demás. Sin solicitar permisos y de frente, el corredor de la Bolsa sabe que en Valparaíso (y en el mundo), lo primero es ganar plata. Después vendrá lo demás. El se queda en lo primero y su triunfo es la ruina ajena, la ruina de los que creen en los mitos de honradez, veracidad, corrección, que desprecia el comerciante. Sin apego al puerto, su ánimo es de estrujarlo como un limón. Gana mucho dinero y en seguida a gastarlo a Londres, a París, a Biarritz. Se mueve en un ambiente similar, sórdido, audaz, jactancioso, cruel. Y él resume todas las características de ese ambiente.

Otros personajes tienen la intensidad de figuras vivas. El estafador «medio-pelo» que se esconde tras apellidos de larga prosapia agrícola y vinícola; los compañeros de colegio, iguales y permanentes en su inutilidad y en su pequeñez; el amigo de Santiago, mísero y pretencioso, conocedor del gran mundo, pero carente de un lecho para dormir. En todos ellos el autor ha puesto junto con recuerdos, una nota viva y profunda de creación personal.

EL AMBIENTE

Al decir que «Valparaíso» era antes que otra cosa la novela del puerto, queremos demostrar que el mérito principal que tiene, su cualidad primigenia es la sensación del ambiente porteño, que logra el autor en sus páginas mejores.

Encuadrada desde el punto de vista de la reacción que en un temperamento de artista y con sensibilidad aguda puede producir Valparaíso, Joaquín Edwards tiene toda la razón. Para un temperamento como el de Pedro Lacerda, como el del autor, el puerto carece de vitalidad, de atractivos, de significación.

En «La ciudad del viento» existieron tradiciones que los intercambios comerciales han destruído, y la gente que produjo y que produce, mixtura de nacionalidades de todas partes, no tiene el sentido del arraigo propio de la sociedad aposentada en definitiva en algún sitio. En Valparaíso no. Reducida a la vida, hoy languideciente, de los negocios, éstos prestan un brillo falso de abalorio a algunas fortunas improvisadas, edificadas sobre arena que el viento se lleva, en la próxima liquidación de la mala, o en el último pedido de salitre. Así se forman núcleos ajenos a toda inquietud que no sea la del esfuerzo rudo por ganar plata, no para ahondarse materialmente sino para brillar. Sin apego al propio suelo, la gente porteña se encuentra eternamente de tránsito, para Europa o para la capital. A gastar en placeres o a figurar en sociedad. Por esto el aspecto permanente de Valparaíso es el de un inmenso campamento gitano, donde sus habitantes, caravanas de beduinos, de un desierto espiritual, se encuentran de acuerdo en partir, en partir después del último ventarrón.

Estas circunstancias que hacen de Valparaíso una ciudad ingrata aun para sus propios hijos—Joaquín Edwards es porteño neto—le prestan, al mismo tiempo, su característica más simpática y principal. Sus habitantes desconocen el ocio, la cortesía, la cultura, el refinamiento. La vida los ha forjado en un duro yunque de trabajo y de él salen prematuramente hombres duros y sufridores. No tienen culpa ni de su propia insolencia y si reconocemos a un «porteño» entre todos los chilenos, hemos de convenir en que es un fuerte ejemplar de hombre, pronto al esfuerzo más duro, jamás abatido por infortunio alguno y dispuesto en todo momento a clavar en la cima de las vidas de cada uno, la bandera tremolante del triunfo, el pendón glorioso de la victoria.

CONCLUSIÓN

Escrita en un estilo poético y hermoso; cuidada en la creación misma de la obra; informada por una sensibilidad artística en todas sus páginas «Valparaíso, la ciudad del viento» es hasta la fecha el aporte más valioso de la obra, ya valiosa, de Joaquín Edwards.

Y para Valparaíso significa una epopeya. La epopeya de una vida sentida al calor de la ciudad del viento y en la que el viento no se ha llevado la obra, el fruto más hermoso de esa vida. Aca-so la novela de Joaquín Edwards Bello, sea el mejor justificativo y el mejor elogio de la significación de nuestro puerto en la literatura nacional.— A B E L V A L D É S A.